

Europa y lo posible

EDUARDO HARO TECGLÉN

HABIA tanta preocupación por la reunión de los jefes de Gobierno por la CEE que el respiro de todas las partes interesadas en los temas de la reunión puede confundirse fácilmente con una aprobación. España y Portugal no se han visto condenadas a un aplazamiento indefinido de sus pretensiones al ingreso en la Comunidad, aunque tampoco ha cesado la amenaza de la pausa; la Unión Soviética no encuentra condenada con rudeza su intervención en el Afganistán, pero hay menciones a la necesidad de neutralizar su régimen y su "status" para evitar que se convierta en un centro máximo de fricción mundial. Los palestinos encuentran con satisfacción que se les da paso a las negociaciones de Europa con las naciones árabes, y que se pide que Israel devuelva los territorios ocupados, pero no se habla de que puedan constituir un Estado; los Estados Unidos no encuentran que haya nada que directamente ataque a las conversaciones de Camp David, pero esa negociación se ignora totalmente, y se parte de principios distintos para el establecimiento de la paz en Oriente Medio.

Parece que Europa conserva todavía una maestría y una capacidad: la de encontrar fórmulas diplomáticas, lenguaje ambiguo, vieja prosopopeya, aunque sea robando un poco del papel de los demás. Todo ello está contenido en la frase de Giscard: "Europa surge en su colectividad como un factor internacional independiente, con su propia responsabilidad, su propia influencia y su enorme fuerza". No está claro. Sigue sin estar claro que los nueve países de la Comunidad, divididos entre sí, abiertamente encontrados en los terrenos económicos, enfrentados por cuestiones de hegemonía, puedan llamarse a sí mismos Europa, como abrazando la totalidad del continente; pero es ya un tópico, una adquisición semántica con una fuerza determinada.

A pesar de todo lo cual, no hay que subestimar el alcance de sus acuerdos y sobre todo la línea de conducta en la que pretende estar. Si la frase de Giscard d'Estaing no representa una realidad actual, significa en cambio un propósito muy defi-

nido: no habría que contrariarlo, no habría que negarlo por adelantado. La posición real de los países europeos con respecto a Estados Unidos, y por lo tanto con respecto a la Unión Soviética, es por el momento muy variada. Ninguno, ni siquiera Francia, puede alegar una independencia real. Gran Bretaña sabe que depende por su pobreza, y Alemania Federal por su riqueza; aquella porque tiene numerosos canales por los que recibe ayuda —lo que le permite a Thatcher su arrogancia para con el Mercado Común—; ésta porque sus negocios no serían tan fáciles y, sobre todo, porque su dependencia defensiva es muy considerable. Al nombrar a los países estamos nombrando, evidentemente, a sus Gobiernos actuales. Pero una virtud de la democracia real, política —por muchas irregularidades que se estén cometiendo contra la democracia pura en todos los países de Occidente— es la de tener en cuenta la totalidad de la opinión pública. Ningún político auténtico que no esté dispuesto al empleo de medios despoticos o abusivos para conservar el poder ignora que su estancia en el Gobierno puede ser episódica si llega a tener la opinión pública mayoritariamente en contra, y la opinión pública es ahora contraria a la dirección de los asuntos mundiales que se está llevando desde Washington. Se está tratando de desplazar la cuestión hacia el nombre de Carter, por no emplear el de los Estados Unidos; es decir, manteniendo la ficción de que las relaciones de interdependencia con los Estados Unidos no tienen por qué alterarse, pero que la política personal de Carter es, en estos momentos, errónea.

Lo cual no deja de ser un éxito de la política de lenguaje. Hace años, en la otra guerra fría, las opiniones disidentes acusaban en bloque a los Estados Unidos; durante la guerra de Vietnam, los culpables eran los Estados Unidos, y los Presidentes implicados, por ejemplo Nixon, no aparecían más que como la personificación de una política global. Los Estados Unidos consiguieron algo importantísimo, que probablemente ni siquiera buscaban,

con el "impeachment" de Nixon: personificar en él todas sus culpas, distinguir entre la nación y su Presidente a lo ojos de los nuevos antiamericanos. Se olvidó con mucha facilidad que Nixon fue apartado de su cargo exclusivamente por la cuestión del Watergate: por una manera ilegal de actuar contra la oposición y de recaudar fondos para su campaña electoral, y por mentir a la nación y ser atrapado claramente en esa mentira: en ningún caso por su política exterior o interior. Pero el "efecto Nixon" está hoy representando un factor político muy importante al proyectarse sobre Carter. El tema de los Juegos Olímpicos, el

de las sanciones al Irán, la cuestión Palestina-Israel, la operación fracasada de rescate de los rehenes se están atribuyendo abusivamente a Carter, cuando el Senado culpa a la mala organización del fracaso sobre el Irán o cuando Cyrus Vance abandona el puesto de secretario de Estado está contribuyendo a la falsa idea de la separación Estados Unidos por un lado, Carter por otro. El hecho de que el Partido Demócrata le mantenga como candidato a la reelección (lo cual no hizo con Johnson, al que quemó rápidamente cuando los errores políticos fueron demasiado notorios) y de que la opinión pública le siga sosteniendo parece demos-





Ninguno de los países europeos, ni siquiera Francia, puede alegar una independencia real con respecto a Estados Unidos: Gran Bretaña sabe que depende por su pobreza y Alemania Federal por su riqueza. En la foto, Giscard, Schmidt y Thatcher, en Venecia, donde el próximo día 22 volverán a reunirse, esa vez con Carter.

trar que hay mucha más unidad en el país de lo que se desea creer.

Todo esto va a tener un nuevo desarrollo en la misma ciudad de Venecia el día 22, cuando se reúnan algunos de los "grandes" europeos que han participado ahora en Venecia con Carter, con el representante del Japón (en este caso, el ministro de Asuntos Exteriores, puesto que el primer ministro Ohira acaba de fallecer) en la cumbre de los países más industrializados del mundo, que es un eufemismo para hablar de los más ricos. Se va a hablar un lenguaje primordialmente económico, pero en estos momentos es imposible distinguir la política de la economía en temas primordiales: el del Irán, el de la URSS, el de los países árabes. Puede decirse que la moderación europea, o el sabio lenguaje diplomático empleado ahora en el comunicado y en las declaraciones individuales de cada uno de los dirigentes, es una preparación para la reu-

nión del día 22. Pero probablemente ni Carter ni Muskie se van a conformar esta vez con ambigüedades y van a exigir algo bastante más claro: en su favor, naturalmente.

Ahí se va a producir el verdadero test para este independentismo y esta voluntad de responsabilidad propia de Europa. Y para ver hasta dónde llega la capacidad de los Estados Unidos para ejercer presiones sobre sus enemigos europeos en el asunto de Oriente Medio y en todos los demás. La palabra "presiones" ha sido empleada también por Giscard, aunque, naturalmente, sin aludir directamente a los Estados Unidos. Se habrá de ver también en esta semana en la sesión del Consejo de Seguridad para tratar el tema de Jerusalén, y hasta qué punto Estados Unidos está dispuesto a vetar el tema para que nada que se aproxime a una solución pueda hacerse fuera de su marco propio: la conferencia permanente entre Estados Unidos, Egipto e Israel. ■

EL TRABAJO CLANDESTINO

COMO consecuencia del desempleo, de la inflación, del peso creciente de los impuestos, el trabajo clandestino es el precario pan diario de decenas de millones de hombres de todo el mundo industrial. En Estados Unidos, donde juega un papel considerable, el economista Milton Friedman se declara abiertamente partidario de él. El líder de la Escuela de Chicago, de tendencias ultraliberales, dice que es necesario apoyarlo para luchar contra las trabas de la sociedad colectivista...

En Alemania se le conoce con el nombre de *schwarzarbeit* (trabajo negro). Alcanzaría una cifra de casi billón y medio de pesetas al año. Incluso en Gran Bretaña, famosa por su "fair play" y su legalismo, inician la carrera hacia el trabajo clandestino (*Moonlighting* —luz de luna—) y hacia los pagos en especie (*per'sis*) para escapar de la carga de los impuestos. Desde el conductor de taxi hasta el fontanero o incluso hasta el director de una sociedad, que va en el Rolls y que lleva el traje, pagados ambos por la empresa, todo el mundo intenta por todos los medios ponerse fuera del alcance del fisco. Los taxistas londinenses exigen sin miramientos una propina que, por supuesto, no está sujeta a impuesto. Uno de ellos dice: "Sin estas propinas tendría que trabajar de tres a cuatro horas más al día para el fisco. No sería vida..."

En la escala mundial del trabajo clandestino, Italia ocupa, sin duda, el primer lugar. Pero Francia, patria reconocida de los arreglillos personales, ocupa una posición excelente. En Francia es incluso una de las actividades más prósperas. Una empresa que funcione totalmente sin declarar —y las hay— se libra de las retenciones sobre el salario de la seguridad social, aproximadamente, el 60 por 100; de la TVA, del impuesto sobre los beneficios, el 50 por 100, y del impuesto personal sobre la renta del patrono, del 30 al 50 por 100 más. Sus asalariados no pagarían ninguna cotización social, ni impuestos.

La ganancia potencial es, por lo tanto, enorme, y se comprende que no falten amantes de tales acrobacias. Así, hasta hace poco, los revendedores de productos textiles italianos (fabricados clandestinamente) los introducían en Francia en escondites en los coches cama; otros incluso llegaban a hacerse lanzar clandestinamente mercancías en paracaídas, desde un avión venido del otro lado de la frontera...

Sin embargo, la gestión de la empresa que funciona en la clandestinidad no es tan simple como se piensa, ya que no puede funcionar más que en el marco de un circuito en el que, desde el productor hasta el consumidor, están al margen de la ley; basta con que falte un eslabón de la cadena para que se bloquee todo el sistema. Por lo tanto, hay que establecer una red de complicidades que sea tan sólida como el cemento. El confabacionista que trabaje en la clandestinidad no sólo debe de tener un taller clandestino, donde sufran trabajadores inmigrados y sin declarar, sino que también necesita materia prima y, por lo tanto, comprar la tela de fabricantes que no hagan factura. También hay que encontrar un vendedor al por menor que pase clandestinamente la mercancía. Después se debe de utilizar sin ostentación el dinero obtenido con este tráfico para no llamar la atención del fisco. Un artesano que declarase una cifra irrisoria y tuviese millones de francos en su cuenta bancaria llamaría un día la atención de los inspectores. De ahí la comodidad que ofrecen los Bancos suizos para evacuar este dinero clandestino.

"En efecto —dice un comerciante que conoce bien el problema—, el enemigo principal del trabajo clandestino no es el inspector de Hacienda, es el ordenador. Mientras se tenga un pequeño negocio que funcione con un puñado de asalariados se puede uno reír de todas las reglamentaciones fiscales o sociales. En cuanto se tiene una empresa un poco importante, se está obligado, por la lógica de los negocios de hoy, a pasar la contabilidad por el ordenador. Y el sistema informático deja rastros indelebles, mientras que la contabilidad de nuestros abuelos, hecha a mano, permitía hacer bastantes juegos malabares con los números, y lo más frecuente era tener una doble contabilidad, la oficial, destinada, llegado el caso, a los controles fiscales, y la otra, la 'verdadera', para uso personal".

Entonces, ¿pondrá fin la informática al trabajo clandestino? Es poco probable. En un país como Francia, que tiene cerca de millón y medio de parados y millones de trabajadores que no ganan ni dos mil quinientos francos (1) al mes, el trabajo clandestino es la válvula de seguridad que impedirá durante mucho tiempo que explote la marmita social. ■ **JACQUES MORNAND**, © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1980.

(1) Unas 42.000 pesetas.